

# DISCURSO DEL PRESIDENTE JIMMY CARTER

**Pronunciado en la ceremonia de conmemoración  
del National Civil Holocaust, abril 24, 1979,  
en la Rotonda del Capitolio de los Estados Unidos**

Me siento honrado y también grave y solemne al participar en esta ceremonia durante los Días de Recordación de las víctimas del Holocausto.

Justamente hace cinco semanas, durante mi viaje a Israel, visité otra vez el Iad Vashem, el monumento recordativo de los seis millones. Caminé lentamente por la galería de nombres. Y como, literalmente, millones antes que yo, me apesadumbré mientras miraba libro tras libro, hilera tras hilera que registraban los nombres de algún hombre, mujer de un pequeño niño o de una pequeña niña, víctima cada uno del Holocausto.

Hice votos entonces, como las gentes de todo el mundo los están haciendo en esta semana, de reafirmar nuestro inamovible compromiso de que un hecho de tal naturaleza no se repetiría jamás en este mundo.

Un filósofo escribió que el lenguaje se quiebra cuando uno intenta hablar del Holocausto y de su significado. Nuestras palabras palidecen frente al terrorífico espectáculo de la perversidad humana que se desató sobre el mundo y frente al pavor de los que lo afrontaron; su número: 11 millones de víctimas inocentes; 6 millones de ellos, judíos.

Aunque las palabras palidecen, debemos hablar. Debemos esforzarnos por entender. Debemos enseñar las lecciones del Holocausto. Y, en especial, nosotros mismos debemos recordar.

Debemos aprender no sólo respecto de la vulnerabilidad de la vida, sino respecto del valor de la vida humana. Debemos recordar el terrible precio pagado por el fanatismo y el odio y también el terrible precio pagado por la indiferencia y el silencio.

Es conveniente que también recordemos hoy la persecución, el sufrimiento y la destrucción que sufrieron durante esta centuria tantos pueblos en diferentes naciones, pueblos cuyos representantes se han unido a nosotros en esta recordación. Porque la lección central del Holocausto debe ser, según las palabras del poeta, "Cada muerte de un hombre me disminuye".

Para recordar verdaderamente a las víctimas del Holocausto, debemos comprometernos a desterrar del mundo toda opresión. Debemos reconocer que cuando cualquier ser humano es despojado de humanidad, cuando cualquier persona se transforma en objeto de represión, es torturada, profanada, o atacada por el terrorismo, el prejuicio o el racismo, todos los seres humanos son también víctimas.

La incapacidad del mundo en reconocer la verdad moral hace cuarenta años permitió que el Holocausto prosiguiera. Nuestra generación —la generación de los sobrevivientes— no permitirá jamás que esta lec-

ción sea olvidada. Los derechos humanos y la dignidad humana son indivisibles. Estados Unidos debe, y lo hará siempre, hablar en defensa de los derechos humanos, no sólo en nuestro país sino en todo el mundo.

Este compromiso nos impone la responsabilidad especial de mantener aquí en nuestro hogar los índices más elevados de justicia humana y de derechos humanos. Aplaudo al Congreso por su llamado a este día de recordación del Holocausto. Y repito mi llamado al Senado para que este año cumpla con una etapa todavía atrasada y ratifique el Tratado Internacional de Prevención y Castigo del Genocidio. Sin acciones concretas nuestras palabras son vacías. Demos significación por los hechos y por las palabras a la promesa de que el pueblo norteamericano nunca olvidará.

Quizá sea irónico que nos encontremos en la estación del renacimiento y de la renovación para recordar un tiempo de destrucción y de oscuridad sin paralelo en la historia humana. Y también es adecuado que lo hagamos en esta rotonda con los actuales sobrevivientes del Holocausto. Porque el Holocausto es una historia de renovación y un testamento del poder del espíritu humano para prevalecer.

Las personas que vieron sus hogares destruidos ayudaron a construir un nuevo hogar en el Estado de Israel. Personas como Elie Wiesel, el Presidente de mi Comisión del Holocausto, que fue testigo del colapso de todas las visiones, creó y comparte con nosotros una nueva visión. Es una increíble historia de un pueblo que se negó a perder la esperanza en el triunfo, que después de haber perdido a sus hijos, trajo nuevas familias al mundo.

Tenemos la tarea colectiva de aprender de este proceso de renovación, las raíces de la esperanza, una esperanza basada no en la ilusión y en la ignorancia, sino una esperanza basada en el renacimiento del espíritu humano y en la reafirmación de la santidad de la vida.

Con esta esperanza podremos esforzarnos para construir a partir de nuestro recuerdo del Holocausto, un mundo unido por una verdadera comunidad de entendimiento humano, un mundo de tolerancia y diversidad en el cual todos los pueblos puedan vivir en dignidad y en paz.

*Traducción: Dr. José Kaplan*